

La hora de los valientes: crónica de la Operación Guacamaya



Tiempo de lectura: 5 min.

Antonio de la Cruz

La vigilancia frente a la embajada era permanente, pero el 6 de mayo en la madrugada no había nadie

“Hay noches que no terminan. Esta, en cambio, modifica el curso de una nación”

Basado en hechos reales

El silencio previo

Caracas no duerme, pero finge. A esa hora en que el silencio pesa más que el ruido, la ciudad contiene la respiración. La humedad, espesa como plomo, penetra los muros y deja rastros de vigilia en la piel. Las luces de los postes siguen encendidas, pero la calle está vacía. Nadie ve lo que ocurre. Y, sin embargo, algo se mueve. Algo vibra por debajo de la ciudad asediada.

En una residencia diplomática sitiada por más de un año, cuatro venezolanos despiertan. No los sacude el insomnio. Los levanta una certeza que no se explica: esa que solo se siente una vez en la vida. La certeza de que ha llegado la hora. Que esta no es una noche más. Es la noche. La que separa el cautiverio de la fuga. El

encierro del salto. El miedo de la historia.

El pacto del silencio

Durante más de 400 días, los miembros del comando político de María Corina Machado sobreviven en condiciones que ningún manual diplomático podría describir sin estremecerse. La Embajada de Argentina en Caracas, a metros del muro de la de Rusia y bajo 5 anillos de seguridad coordinados por los grupos élites del Sebin y la Dgcim, se convierte en celda.

El agua escasea. Cortaron la luz. La comida entra a cuentagotas. Los vigilan desde las azoteas. Los rodean cámaras y micrófonos. No los encarcelan oficialmente; el régimen prefiere el encierro sin barrotes, la humillación sin huellas. Son rehenes, no por lo que hicieron, sino por lo que representan: la victoria de una voluntad civil frente a una maquinaria de represión.

Pero resisten. Y en silencio, afuera, otros también se mueven.

La arquitectura invisible

Lo que se gesta no es una operación diplomática. Es una intervención quirúrgica. En salas sin nombre y sin ventanas, que están ubicadas en Washington, Buenos Aires y otras capitales aliadas, se entrelaza una red de coordinación casi imposible. Los cuerpos de inteligencia estadounidense, israelí y argentino comparten una lógica común: si la causa es legítima, el riesgo se asume.

Cada paso es calibrado con obsesión. Claves cifradas. Uniformes clonados. Camionetas gemelas a las del enemigo. Voces en los radios que simulan los tonos de mando chavistas. Todo está diseñado para que la noche no grite. Para que el silencio sea el arma.

Y sin embargo, a los que están adentro, les bastará un susurro para entender: ha comenzado.

La mujer que camina primero

Una de las liberadas, comunicadora, decide meses antes ofrecerse como prueba piloto. Sabe que su escape será el umbral por el que otros podrán pasar. Ensaya cada paso, cada gesto, cada palabra. Aprende a caminar como una carcelera. A mirar como una opresora. Se convierte en la imagen invertida del miedo.

Esa noche no tembló. Era el umbral. Y ella lo cruzó. No cayó. No dudó. Fue el modelo del escape perfecto

Meses después, los otros salen. Adoptan identidades falsas. Nombres que han repetido en susurros durante semanas. Historias aprendidas como monólogos teatrales. No llevan armas. Llevan memoria, rabia y una determinación ciega.

La grieta perfecta

La operación encuentra su oportunidad el 28 de abril. Nicolás Maduro planea viajar a Moscú el 6 de mayo. La capital queda en manos de Diosdado Cabello. La dictadura confunde la aparente calma del Primero de Mayo con resignación ciudadana. Cree que ha domesticado el miedo. Se equivoca.

La madrugada del 6 de mayo, los ojos invisibles de la CIA advierten lo impensable: los agentes de la DGCIM y el Sebin han abandonado sus puestos. El perímetro queda en silencio. Es la señal. Los cuatro rehenes cruzan entonces “la puerta de luz”. Visten ropa austera, sin insignias, sin palabras. No marchan: se deslizan. Son sombras decididas a romper el cautiverio.

Desde el primer paso fuera de la embajada hasta el despegue del avión pasan 38 minutos y 43 segundos. El cronómetro no miente. Todo ocurre sin un solo disparo. Un avión discreto, con siglas apócrifas, los espera en el aeropuerto de Valles del Tuy. Los radares de la dictadura, envejecidos y desprogramados, no lo detectan. La compañía lo camufla con una cortina digital. El cielo se los traga.

El régimen no reacciona. No puede. No entiende.

La operación ya es historia.

El día que la dictadura parpadea

Los regímenes autoritarios, al igual que los sistemas biológicos, reaccionan ante las amenazas internas con reflejos automáticos: silencio, represión, purgas. Pero a veces, el shock es tan profundo que paraliza.

En Moscú, Maduro recibe la noticia. Su edecán repite la frase. Maduro no responde. Se queda mirando la ventana.

En Caracas, Jorge Rodríguez sufre una descompensación. Diosdado cambia de casa. Las cúpulas militares murmuran preguntas que hasta ayer eran delitos: ¿Y si entregamos a Maduro? Sus operadores entran en pánico.

Las redes de corrupción financiera comenzaron a migrar. El relato oficial se fragmentó en tiempo real. Como ocurre con los sistemas de inteligencia artificial ante inputs inesperados, el software del poder falla.

El eco de los que salen

Desde el exilio seguro, uno de los rescatados escribe con la mano aún temblorosa: “No hay palabras capaces de contener la tormenta que rugió en mi alma cuando el silencio se quebró y supe, con una certeza que estremecía los huesos, que seríamos libres.”

Cada músculo de su cuerpo sigue en tensión. Cada paso, aunque liberado, pesa. Pero ya no hay cadenas. No hay barrotes. No hay humillación. Vuelve a sentir el pulso de la vida. Lo hace desde el “imperio de la libertad”. Sin miedo.

La madre, el ancla emocional

Dos días antes de la extracción, la madre de María Corina Machado logra salir por Maiquetía. El dato no es menor. No es una concesión del régimen. Es parte del mismo operativo.

En las sociedades humanas, los vínculos familiares funcionan como dispositivos de control emocional. El régimen perdía así una herramienta importante de chantaje afectivo.

El gesto tiene un efecto doble: logístico y simbólico. La líder opositora, liberada de ese núcleo de vulnerabilidad, emerge más determinada. En la historia humana, los liderazgos se fortalecen cuando logran proteger su ético interior.

La puerta de luz

La Operación Guacamaya del 6 de mayo no solo libera a cinco personas. Libera una idea. Demuestra que el régimen no es inexpugnable. Que su poder es una máscara. Que si alguien puede entrar, también puede hacer otras cosas. Peores. Más definitivas.

Quien entra para rescatar, puede entrar para ejecutar.

En los pasillos del poder, ya nadie duerme. Las luces quedan encendidas. Las puertas cerradas. El miedo cambia de lado.

Epílogo: La transición como relato dominante

La Operación Guacamaya no es solo una acción táctica. Es una mutación narrativa. Siguiendo la lógica de los grandes cambios históricos, lo que importa no es el número de personas liberadas, sino la historia que se empieza a contar a partir de ese momento.

Desde las primarias de 2023 hasta la victoria electoral del 28 de julio de 2024, las fuerzas democráticas han acumulado capital simbólico. Con la Operación Guacamaya, lo transforma en evidencia de poder real. El miedo ha cambiado de lado. Y cuando eso ocurre, incluso los regímenes más cerrados comienzan a erosionarse desde dentro.

La historia de Venezuela está en reescritura. Y esta vez, la pluma está en manos de quienes decidieron no rendirse.

14 de mayo 2025

<https://bitlysdowssl-aws.com/opinion/la-hora-de-los-valientes-cronica-de-la-operacion-guacamaya/>

[ver PDF](#)

[Copied to clipboard](#)